

## REPARTO.

PERSONAJES	ACTORES
ANGELITITA (19 años)....	Srita. Carmen Cobeña.
RAIMUNDA (35 años)...	Sra. Rosa Tovar.
ENGRACIA (39 años).....	„ Sofia Alverá.
GERVASIA (22 años).....	Srita. María Cancio.
SIMONA (parienta).....	„ Francisca Alvarez.
PETRA (parienta).....	„ María Díez.
RUPERTA (moza del pueblo).....	„ Concepción Bermejo.
CLEMENTE [56 años]... Sr.	Miguel Cepillo.
MAURICIO (76 años)....	„ Emilio Mario.
SANTIAGO (25 años)....	„ Emilio Thuillier.
LORENZO (20 años).....	„ F. García Ortega.
DAMIAN (40 años).....	„ José García.
LUCIO (mozo del pueblo).	„ Fernando Santés.

Una monja, parientes, parientas, mozos y mozas.

La acción de los actos primero y segundo se desarrolla en una casería de la Alcarria, á algunas leguas de Brihuega, y en esta última villa la acción del acto tercero.

### EPOCA, LA ACTUAL.

DERECHA É IZQUIERDA LAS DEL ACTOR.

Propiedad del Editor, asegurada con arreglo á la ley.

## ACTO PRIMERO

Pieza anchurosa en la planta baja de una casa de labor. Paredes enlucidas con friso de azulejes. Techo de viejo artesonado. Al fondo y á la derecha, una ancha puerta sin hojas, por la cual se ve la cocina. Todo el fondo de esta última lo ocupa el hogar de frente con gran chimenea y lumbre; á cada lado, un escaño de mampostería cubierto con esterillas, y delante, uno ó dos asientos de los llamados posones. Al rededor de la cocina, corren los vasares y la espetera, con vasos, platos y utensilios de metal, limpios y relucientes. A un lado, una alacena. Una ventana lateral, y alta, da luz á la cocina. A la izquierda del fondo, puerta que sale á la pieza de ingreso en la casa. Frente á esta puerta un gran armario ó escaparate, en cuyos anaqueles se ven colocadas bandejas y fuentes de plata labrada, y una vajilla de porcelana, todo de gusto y trabajo antiguos. Al lado derecho de la escena, una ventana con postigo de una sola hoja, con cristales que se abren hacia dentro y girando en dirección opuesta al público. Al lado izquierdo, en segundo término, una puerta. En primer término, hacia la izquierda, una mesa larga de encina. Sillas y escabeles repartidos por la escena. En la pared, una estaca de la cual penden una escopeta y arreos de caza. Sobre la puerta del fondo una imagen de la virgen, empotrada en el muro.

### ESCENA PRIMERA.

GERVASIA, MAURICIO. La primera está limpiando y acomodando los bártulos de la cocina; el segundo entra por foro abrigado con una anguariana, al hombro una caña de pescar, y al brazo una cesta cubierta con un paño.

MAUR. ¡Qué remusguillo corre, Gervasia!

GERV. ¡Don Mauricio! Buenas tardes. ¿Viene usted de pescar?

MAUR. Te diré. Del río vengo; pero pescar, nada he pescado. (*Deja la caña y cesta, y se quita el abrigo.*)

GERV. (*Sin dejar su faena.*) ¿No han picado las truchas?

MAUR. Ni una sola en toda la mañana. (*Si guiéndola.*) ¿Querrás creerlo?

GERV. Sí, señor, que lo creo. Esa es la pesca que se trae usted todas las veces que baja al río.

MAUR. ¡Jé, jé, jé!. . . ¡Verdad, verdad! A fé á fé, que por mi no queda. Tú habrás oído que el Señor le dijo á Lázaro: «levántate y anda.» Pues al pescador de caña le dijo: «siéntate y bosteza.» Yo cumplo religiosamente el precepto: me paso las horas mortales con la caña tendida. . . ¡al higuí, al higuí!. . . ¡Jé, jé, jé!. . . Pero los condenados no pican.

GERV. ¡Vea usted, qué bribones!

MAUR. Pues aun así. . . Mira tú. . . Yo pescaría, si pudiese ir al río toda la semana. Porque. . . ¡es claro! ¿qué menos de una semana para coger una anguila?

GERV. ¿Y por qué no baja todos los días?

MAUR. ¡Eso es! ¡No tengo yo aquí mis obligaciones! ¡Buena andaría la hacienda!

GERV. La hacienda, ella se ayuda con lo que rinde y lo que vale, y no necesita cansar al amo.

MAUR. ¿El amo? . . . Esta no sabe ni siquiera la mitad de la misa.

GERV. Ya se ve; como que es misa mayor.

MAUR. Para que te conste, madre doctora. este gallo viejo, no canta aquí en su corral. ¡Yo soy un extraño en esta casa!

GERV. ¡Vamos, señor!. . . ¿Pues no está usted en casa de su hijo?

MAUR. No estoy sino en la de mi yerno.

GERV. Hijo ó yerno, ¿qué más dá?

MAUR. Ya te lo explicará tu suegra cuando te cases.

GERV. Bueno, pues también está usted en casa de su nieta.

MAUR. ¡Ah, esa sí! ¡Esa sí que es hacienda mía! ¿Y por dónde anda la picaruela que aun no vino á saber lo que pescó el abuelo?

GERV. Al colmenarse fué con los parientes que llegaron este medio día.

MAUR. Por obsequiarles. ¡Si ella está en todo! (*Abriendo la ventana.*) Dices bien. Allí en las colmenas la distingo. (*Gesticulando y alzando la voz.*) ¡Eh, chiquitina!. . . Ya me ha visto. ¡Jé, jé, jé!. . . ¡Cómo se agita, salta, corre!. . . Es una mariposa. ¿Has visto tú, preciosidad como esa? (*Cierra la ventana.*)

GERV. No, señor, no. Ni abuelo más chocho. Así no me extraña verle á usted siempre tan retozón y tan dicharachero.

MAUR. Ciertamente; mucho, mucho. ¡Y cuánto se ríe la chiquilla conmigo! ¡La he criado tan bulliciosa!

## ESCENA II.

DICHOS, LORENZO por el foro. Trae en una mano una orza de miel colgada de una cuerda sujeta á las asas; de la otra mano, un barrilito también de miel, y asimismo pendiente de una cuerda, y al hombro la manta y un costal que se supone contener nueces y las balanzas de pesar la miel.

LOR. A la paz de Dios.

GERV. Ya está de vuelta nuestro melero.

- MAUR. Y qué á tiempo llegas, muchacho.  
GERV. (*Muy obsequiosa*). Ven, y siéntate á la lumbre.
- LOR. No tengo frío. (*Deja en la alacena la orza y el barril, y sobre un escaño, la manta, el costal y las balanzas*).  
MAUR. ¡Pues mira que sopla un cierzo! . . . .  
GERV. ¡Andá, hijo, que tomarás un tente en pie!
- LOR. A su hora. No traigo hambre.  
GERV. ¿Ni un vasito de vino?  
LOR. Nada.  
GERV. (*En voz baja*). ¡Te lo doy del rancio!  
LOR. Ni del rancio. No traigo sed.  
GERV. Con una rosquilla.  
LOR. Gracias.  
GERV. ¡Pues condénate, desabrido! Que te hizo Dios más seco que una gavilla de sarmientos.
- MAUR. ¡No seas cerril, hombre, y déjate regalar! Que al cabo no es costal de paja este pimpollón alcarreño.
- GERV. ¡Mala vergüenza, que ha de requebrarme el abuelo, estando aquí un mozo!
- MAUR. ¿Pues qué le vale á este ave zonza, sino el medio sigio de más que traigo á cuentas? (*A Lorenzo*). Si me pillas cincuenta años antes, no eras tú quien se bebía el vino rancio . . . ni quien se comía las rosquillas.
- GERV. ¡Miren lo que me pierdo!  
MAUR. Por haberte retrasado. En mis tiempos no les parecía yo á las mozas gavilla de sarmientos.
- GERV. Buen pescador haría usted entonces.  
MAUR. ¡Y entonses si que picaban!  
GERV. ¡Ay, qué don Mauricio!

- MAUR. Alégrate, hombre. ¿Qué te sucede para que siempre te veamos con esa cara de entierro?
- LOR. Si no es que me pase nada. Dios me ha hecho así. ¿Está en mí el dimudarme? Eso no es facultativo.
- GERV. Ya se lo que tú tienes. ¡Ay! . . . . Desvanecido. ¿Qué ventolera te ha dado ahora?
- LOR. (*A Mauricio*). ¿No quiere usted la cuenta?
- MAUR. ¿Qué tal se ha vendido la miel?  
LOR. De vacío vengo. Y más que hubiera llevado. Revañé la orza en Guadalajara.
- MAUR. ¡Dame entonces lo que traigas, que buena falta nos está haciendo!
- LOR. (*Dáadole un puñado de monedas que trae en el pañuelo*). ¡Ahí va!
- GERV. ¿Pues no dice que le está haciendo falta? (*Riéndose*). ¡Qué gracioso!
- MAUR. Voy á apuntar la entrada de este socorro. (*Saca de la alacena un cuaderno, tintero y pluma, y se sienta á la mesa; cuenta detenidamente el dinero, y apunta en el cuaderno*).
- GERV. (*Al otro lado de la escena, bajando la voz, á Lorenzo*). ¡Qué humor de viejo!
- LOR. ¡Si, humor!  
GERV. Dí que eres un hurón, y quisieras que todos padeciésemos de ítericia.
- LOR. Lo que tiene el abuelo es mucha pesadumbre, que no puede con ella.
- GERV. Y por eso se la deja arriba, guardadita en su arca.
- LOR. Es que desimula. ¿Ves tú lo que quiere á la señorita? Pues porque no se le pegue á ella la tristeza.

- GERV. ¡Mientras no se nos pegue á todos la tuya! . . .
- OR. A mí que me dejen. ¿Le digo yo algo á nadie?
- GERV. Aunque no digas. ¿Crees tú que á mi se me escapa? ¡Rústico, gañán! . . . Tú estás enamorado de la señorita.
- LOR. *(Después de una breve perplejidad)*: Pues sí que lo estoy.
- GERV. ¿Te has vuelto loco?
- LOR. Ella no lo sabe, ni lo sabrá en toda la vida; con que me parece que estoy cuerdo.
- MAUR. ¿Sabes que te sobran aquí unos reales? *(Oyéndose fuera voces y risas)*. ¡La niña! . . . *(Acudiendo á la ventana)*. ¡Ya viene! *(Entrega á Lorenzo el cuaderno, tintero y pluma)*. Guarda esto; ajustaremos más tarde la cuenta. *(Lorenzo guarda lo dicho en la alacena)*. ¡Oid, oid, qué bullicio! ¡Es una campanilla de plata!

ESCENA III.

DICHOS Y ANGELITA.

- ANG. *(Desde la puerta)*. ¡Abuelito!
- MAUR. ¡Hola, hola! . . . Princesita de la sangre, ¿qué escapatoria ha sido esta?
- ANG. Adivine lo que le traigo. *(Mostrándole un paño doblado, que cubre unos panales)*.
- MAUR. Rayos del sol y puñaditos de estrellas.
- ANG. Ahora va usted á ver.
- MAUR. Nunca se viene sin traerme su regalejo.
- ANG. *(Mirando hacia fuera)*. Adiós. . . . Que no tarden ustedes. A las cuatro es la

- reunión. . . . Hasta luego. *(Entra en la escena)*. Pues. . . un par de panales chorreando miel y cortaditos por estas manos. Para que se relama usted. *(Descubre los panales sobre la mesa)*.
- MAUR. ¡Jesús, Ave María! . . . Pero, ¡tú te has atrevido! . . .
- ANG. A mí no me pican las abejas.
- MAUR. *(A los otros)*. ¡Es una valiente!
- LOR. Sí, que lo es. Ya la vide yo andar en las corchas, y . . . como en un palomar.
- ANG. Las abejas me conocen; saben que soy la princesa heredera de los colmenares. Allá me entro yo tan intrépida, sin ponerme antifaz, ni manoplas, ni nada. Y levanto la montera de una colmena y corto lo que quiero de los panales, sin que una sola de las señoras saque el aguijón para tirarme una estocada. ¡Y cuidado, si son bravías! Conmigo, no. Se levantan por el hueco en pelotón, y revolotean, y zumban. . . . ¡hu, hu? . . . Pero no es que me injurien, ni que me amenacen. Es que me arrullan, que me cantan, diciéndome: «¡Toma nuestra miel, tómala, que para ti la labramos. Y para el regalón del abuelo. *(Dando los panales á Gervasia)*. ¿Con quién te venías riendo?
- MAUR.
- GERV. Con los parientes, sería.
- ANG. Los de Valderrebollo, que han venido más temprano. La Simona y la Blasa y los demás. Fuimos á recorrer la huerta y al abejar, y nos alejamos por el monte hasta el segundo molino.
- MAUR. ¡Lo que habeis andado!
- ANG. Pues ahora se han ido por la carretera

- abajo, al encuentro de los de Brihuega y Torija, que vendrán en el coche del tío escribano. Yo me he quedado, porque tengo que vestirme de gala.
- GERV. El vestido nuevo.
- MAUR. ¡Pues, no, que no!
- GERV. ¡Poco maja que va á estar con todo aquel aderezo encima! ¡Y decir que no tiene puntada que no la hayan dado esas manitas de plata! Pero, ¿quién la ha enseñado á hacer tales primores?
- ANG. ¡Oh! pues si hubieses conocido á mi madre.... Esa sí... ¡pobrecita!.... ¿Verdad, abuelo?
- MAUR. Dios la tenga en la gloria.
- ANG. Mi madre, sí. En cada mano tenía ella un amuleto para hacer maravillas.
- MAUR. Era una bendición de Dios.
- LOR. *(Que ha seguido con atención esta última parte del diálogo desde el hogar).* Sí, que lo era.
- MAUR. *(Volviéndose á Lorenzo).* ¿Te acuerdas tú?... Este la conoció. *(Recobrando de golpe su jovialidad).* Pero tratemos de lo alegre... ¡de lo alegre!.... De nuestra función, nuestra fiesta de esponsales. *(Lorenzo se pone á atender con inquietud).* ¿Tenemos ya prevenida la cuchipanda?
- GERV. Sí, señor. De Brihuega traje esta mañana el chocolate y los bollos.
- ANG. Y he hecho yo dos fuentes de natillas para los golosos.....
- MAUR. ¡Natillas también!
- ANG. Cosa exquisita. Y una bandeja más grande que una alberca, colmadita de bizcochos bañados.

- MAUR. ¡Digo, digo!
- ANG. ¡Al golosazo, cómo se le está haciendo la boca agua!
- MAUR. Lo único que me sobra en este convite son los convidados.
- ANG. Ahora empieza en el Ribazo la animación y el bullicio.
- MAUR. Y el gasto de chocolate. Prepara el molinillo, Gervasia.
- ANG. Ya se concluyeron en esta casa la quietud y la soledad. ¿No hemos vivido aquí bastante tiempo, como dos excomulgados, sin trato de alma viviente; usted pescando, yo cosiendo ó bordando, ó refugiada en la lectura de versos y folletines?
- MAUR. Pero, ¿tan abrigaditos los dos, tan en sosiego!
- ANG. Y tan hastiados, ¡ea!..... La verdad. Esto es muy triste. Que entre la vida en el Ribazo. Parientes, visitas, conversaciones, ¡obsequios. Que huela esto á tomillo y á romero; á primavera, á los diecinueve años que Dios me deja tener. Además, yo maduro mi idea. ¿Cuánta fatiga no nos cuesta el lograr que mi padre haya vuelto por fin á la Alcarria? Ahora que ya le tenemos aquí, lo que pretendo es que no nos abandone otra vez.
- MAUR. ¡Ojalá fuera posible!
- ANG. Espero que lo sea, Porque... mire usted... yo, á fuerza de cavilar, he dado en una sospecha; y pienso que los cinco años que ha tardado padre en resolverse á venir por acá, después de la muerte de mi madre, no los tardó porque les

detuvieran sus negocios, como él afirma: La razón es otra. La razón es que, como la desgracia . . . ¡válgame Dios! . . . como la desgracia le pilló lejos de aquí, tan lejos . . . comenzó á imponerle respeto la idea de que iba á regresar, y de que entraría en casa y en el nido ya no estaría la pobre avecilla. . . . Y de este modo ha ido retardando, retardando. . . . Porque hay que hacer memoria de cómo quería él á mi madre.

MAUR. Si, sí, basta; ya te he entendido.

ANG. Por otro lado, yo creo que padre tiene resentimiento con nosotros. Y muy justo. Hay que confesarlo. Sobre todo, con usted, abuelo.

MAUR. ¿Cómo? . . . ¿Por qué? . . . ¿Qué dices?

ANG. Tiene en el alma el dolor de no haber visto morir á su esposa. Yo me lo explico. Es un desconsuelo. Y de eso, ¿quién tuvo la culpa? Usted que no le advirtió de la gravedad del mal, en los dos años que duró aquella agonía. Ni me dejaba á mí que se lo escribiese.

MAUR. No lo quería la enferma.

ANG. Porque siempre esperaba curar. Y así se murió. Luego, de repente, la noticia. Un golpe á traición.

MAUR. ¡Hija mía! . . . No te ocupes ahora. . . .

ANG. Todo eso quiero enmendarlo. ¡Y lo consigo! Padre se queda con nosotros.

MAUR. Como tú te empeñes! . . . ¡Brujilla!

ANG. Lo difícil era traerle. Vea usted si le he traído.

MAUR. Ciertamente; en eso triunfaste. Ojalá te salgas del todo con la tuya. Que si te saldrás. . . . Volvamos á nuestra fiesta.

GERV. Hay que sacar las bandejas y la vajilla del escaparate.

MAUR. *(Sacando una llave de entre algunas que lleva en un manojo)*. Toma y despacha.

ANG. Ya era hora de que volviese á abrirse este armario.

GERV. *(Que ha tomado la llave)*. Hoy se repica gordo. *(Abre el escaparate y va sacando lo que ha dicho; debz quedar en los estantes lo suficiente para que sigan bien provistos y decorados)*.

LOR. *(Que durante la última parte del diálogo ha estado en el fondo, junto al hogar se acerca ahora al proscenio con inquietud)*. Pero, ¿qué ha llegado el amo?

ANG. Está aquí desde ayer tarde.

MAUR. ¿No sabías que se le aguardaba para hoy?

LOR. ¿Y hoy es el día de los dichos?

ANG. Hoy viene don Wenceslao á pedir mi mano para su hijo. Luego, la presentación del novio á la familia reunida. Los dichos, mañana.

LOR. ¡Negado de mí!

MAUR. ¿Qué es lo que te pasa?

LOR. Sin haberme enterado de que hoy había de ser todo eso. . . .

GERV. Como no te han pedido licencia. . . .

MAUR. Lástima que no hayas puesto tú el visto bueno.

LOR. No lo dije por tanto, sino que. . . . ¿Y cómo viene el señor?

ANG. Ahora cuando de la vuelta, podrás saludarle.

LOR. *(Impaciente y violento, coge del escaño la manta y se la echa al hombro)*. Como

hai de tomar otra vez el camino. (*Se dirige turbado y presuroso hacia la puerta del fondo*).

MAUR. (*Deteniéndole*). Tú te quedas aquí, donde haces falta.

LOR. ¿Yo, qué falta hago en esta función?

MAUR. No es hoy día de paseo. (*Lorenzo deja la manta*). Mira; ya debe estar llegando tu amo,

ANG. (*Llegándose á la ventana*). No; es Santiago el que se apea.

MAUR. Sal á cogerle la yegua al novio, cara de viernes.

ANG. ¡Ay qué muchacho! (*Lorenzo se dirige perezosamente hacia la puerta*).

GERV. (*Que ha ido sacando del armario bandejas, platos, marcelinas y vasos, y dejándolos en la cocina, cierra los cristales y devuelve la llave á Mauricio*). La llave, señor. (*Entra en la cocina*).

LOR. (*Parado en el umbral de la puerta del fondo*). Ya no soy menester. Se apea él solo. (*Se hace adentro al aparecer en la puerta Santiago*).

#### ESCENA IV

DICHOS y SANTIAGO por el fondo, con capote de monte, sombrero hongo de anchas alas, espuelas y en la mano un látigo.

SANT. (*Desde la puerta*). ¡Ah, de casa!

MAUR. (*A Angelita*). Un pobre á la puerta.

ANG. Entra, entra.

SANT. ¿Hoy no dan limosna?

ANG. (*Cogiéndole de la mano*). Vamos, pasa, romancero.

MAUR. Ahí tienes; la limosna y el santo. No hay más que llevar. (*A Lorenzo que iba á salir*). Cuelga el capote.

LOR. ¿No hay que acomodar la yegua?

MAUR. Después.

LOR. Será después.

SANT. (*Que ha estado quitándose el capote, al dárselo á Lorenzo con zumba*). Adios, Lorenzo . . . ¿Cómo estás, hombre? . . .

LOR. Pasando vamos.

SANT. Pasar, ya es gran cosa. ¿Qué era de tí? Ya iban días que no nos veíamos.

LOR. Como yo estoy en lo mío, y usted está en lo suyo, pues claro que nos podemos ver.

SANT. ¡Hombre, ni que fuéramos dos enemigos!

LOR. Es un decir.

SANT. Pues no lo digas.

LOR. (*Después de colgar el capote*). Voy á acomodar la yegua.

SANT. Vé y acomoda la yegua. Que Dios te lo pague, hombre. (*Lorenzo se va por el fondo*). ¡Pobre diablo! . . . (*Riéndose*).

#### ESCENA V

DICHOS, MENOS LORENZO.

ANG. ¿Has visto á la tía abadesa?

SANT. Cumplí escrupulosamente el rito.

ANG. Así quedas bien. Hoy no podía faltarle tu visita.

SANT. Y he visto á toda la comunidad. Te saludan.

ANG. También padre ha ido al convento.

SANT. Le dejé en el locutorio.

ANG. Siete años que no veía á su hermano.

- SANT. ¡Siete años!  
MAUR. Dos que lleva fuera cuando enviudó, y cinco más que ha tardado luego.  
ANG. ¡Si tendrán ambos cosas que decirse!  
SANT. Sobre todo, proponiéndose don Clemente volver á ausentarse mañana mismo.  
MAUR. ¡Erre, erre!  
SANT. Así se lo he oído.  
ANG. Luego entraré yo con la rebaja.  
MAUR. Como esta gitana no le hechice . . .  
SANT. ¡Ya lo creo que le hechiza! ¿Quién no cede á la dulzura de ese melindre?  
ANG. Siéntate. (*Santiago se sienta á la derecha de la mesa*).  
SANT. ¿Y no hay obsequio?  
ANG. (*Al cabo de allá de la mesa*). Hay lo que tú apetezcas. ¿Quieres catar mis natillas?  
SANT. Eso luego. Por ahora me satisfago con un sorbo de nuestro vinillo alcarreño.  
ANG. ¡Gervasia!  
GERG. (*Desde la cocina*). Ya lo he oído. Voy, voy.  
MAUR. Saca un jarro de ese vino. Ya sabes; el de los buenos mozos. (*Gervasia pone en la mesa dos vasos de los llamados de Avemaría, y un jarro de vino*).  
SANT. (*Invitando á Mauricio á que se siente*). Ande usted, don Mauricio.  
MAUR. Yo soy gran devoto del onceno.  
SANT. Usted no nos estorba.  
ANG. Sí que estorba, porque se ríe de lo que nos decimos.  
SANT. Ande usted; que el vino á solas no es regalo. (*Mauricio se sienta frente á Santiago, el cual echa vino en los dos vasos*).  
MAUR. [*Alzando el vaso*]. Ave María.

- SANT. (*Lo mismo*). Ave María. (*Beben*). También he saludado á los de Valderrebollo. Me pararon en la carretera.  
ANG. Cierto; que por ella se fueron ahora poco.  
MAUR. Buen enjambre de zánganos.  
ANG. Me alegro de que te hayan visto. ¡Vendrías tan guapo, caballero en la yegua!  
SANT. Guapísimo. Imagina tú. De esto si que se va á reír el abuelo.  
MAUR. Lo que hago yo es buscar donde guarecerme, porque en comenzando los piropos . . .  
ANG. ¡Vaya si venias apuesto! Te he visto yo desde allí. (*Señalando á la ventana*).  
SANT. Como venia era muy contento, borbollándome la dicha en el corazón, desafiando al mundo. Y la felicidad es el gran afeitó para hacer los rostros bien parecidos.  
ANG. Así tendré hoy el mío.  
SANT. Tú siempre estás encantadora.  
ANG. Conque te lo parezca á tí. . . .  
SANT. A mí y á todos los que me tienen envidia.  
MAUR. (*Levantándose y apartándose*). Ya empezó la pedrea.  
SANT. ¿No lo sabes? . . . (*Advirtiendo el movimiento de Mauricio*). ¿Se aparta usted? . . . Venga acá don Mauricio.  
MAUR. Esa es música para dos. (*Volviendo á sentarse*).  
ANG. No nos decimos nada que espante.  
SANT. Ni que sea un secreto. Que nos queremos mucho.  
ANG. Y que nos ha hecho Dios el uno para el otro.

- SANT. ¡Boquita de bendición!  
ANG. (*De brazos sobre la mesa, en actitud íntima de amorosa abstracción*). Yo sí que bendigo la tuya.
- SANT. ¿Por qué?  
ANG. Porque me dijo amores. (*Mauricio vuelve á apartarse; los novios no lo echan de ver*). Hasta que tú no me hablaste, yo ignoré que tenía juventud, y que era bonita, y que ya estaba en disposición de conquistar un novio. (*Mudando de tono*). Desde hoy vas á serlo de veras.
- SANT. ¡Y con qué gana morderé el anzuelo!  
(*Ruido de cascabeles fuera*).
- GERV. (*Acudiendo de la cocina á la ventana*). Ahí llega un carruaje.
- ANG. Serán los de Brihuega.
- GERV. Doña Engracia es, que viene solo en una jardinera. (*Vase apresurada por el foro derecha*).
- MAUR. ¿Esa también?  
ANG. (*Yendo á la puerta*). ¡La tía Engracia!  
MAUR. Ella es. ¿No te lo han advertido los cascabeles?

### ESCENA VI

DICHOS Y ENGRACIA.

- ENG. (*En la puerta besándose con Angelita*). ¿Cómo está mi prenda?  
ANG. Bien venida.  
ENG. Abuelo, buenas tardes.  
MAUR. Guarde Dios muchos años á la ricahembra.  
ENG. Señor novio. . . . aunque usted no quiera. . . .

- SANT. Señora tía. . . .  
ENG. Futura, hijo. Todavía no. . . .  
SANT. Pero muy al caer.  
ENG. El que caiga será usted, que es quien se casa. (*Siétase*). ¿Y cómo va por acá?  
ANG. Ya ve usted; muy bien. Todos muy contentos.
- MAUR. ¿Y usted? Tan frescota siempre y tan empavesada.  
ENG. Ya estás viendo que no he faltado.  
ANG. No iba á usted á ser tan pícara.  
ENG. Pepa, no. . . . A mi hija no la traigo. . . . Se lo he dicho: «Tú, no.» Porque la pobrecita. . . . En fin. . . . (*Mirando á Santiago*).
- SANT. Pues lo sentimos mucho.  
ENG. Ya, ya. . . .  
ANG. Buen rúpice la aguarda.  
ENG. Yo, sí; no he querido dar ocasión de comentarios. En seguida se habla. . . . Eso sí; me he venido con anticipación, porque en el coche, apretujada entre los otros. . . . Se lo dije á Percúdez, el farmacéutico: «Présteme usted su jardinera, porque de lo contrario, se la hago rabona á mi primo y á mi sobrina.» ¡Ya lo creo! El boticario conmigo. . . . ¿Qué quieres, boca? con los mejores arreos mandó enjaezar.
- MAUR. Ya hemos oído el campanilleo.  
ENG. Y te digo la pura, hija mía; quiero que me lo agradezcas.
- ANG. Ya se ve que sí.  
MAUR. Luego; luego serviremos el chocolate.  
ENG. Porque pienso estarme con vosotros lo más que pueda. Te falta tu madre. . . . Dios la haya perdonado. . . . y en siendo